

## Campus, 16.2.06

# Luisa y Ángela Sigea: dignas de mayor dicha

*Espido Freire*  
[www.espidofreire.com](http://www.espidofreire.com)

No, una mujer no era nada. Dos no eran gran cosa tampoco. No era nada un apellido si no se perpetuaba, ni una corte si no se mostraba capaz de sobrevivir a dos generaciones. Sigea padre, francés de Nimes, erudito, casado con una española, giraba de país en país, humanista convencido, en busca de sueldo, de suelo y abrigo para sus cuatro hijos: Diego se hizo sacerdote, Antonio vivió en Roma, con beneficio eclesiástico, Luisa se convirtió en uno de los cerebros de la Europa humanista. Ángela, en una de sus voces.

Sin patria, sin otra potestad que no fuera el cerebro. Quizás por eso Luisa, Aloysia, firmó siempre como Luisa Toledana. Ella, que había nacido en Tarancón alrededor de 1530, sintió la ausencia de la tierra como un zarpazo de fiera, y se creó compatriotas en otros idiomas. El latín unificaba, se convertía en una esperanza para los humanistas, esos revolucionarios modernos que apostaban por el optimismo y la renovación. El progreso era posible. Nuevas tierras se descubrían, surgían teorías que descubrían misterios. Sólo porque se hubiera hecho siempre así, no significaba que estuvieran condenados a repetir las costumbres.

Las dos niñas estudiaron con su padre, que a su vez, había estudiado con Nebrija. Compartían estudios con sus hermanos, y con otras muchachas de la época, de la corte portuguesa donde su padre había ido a parar. La infanta Doña María de Portugal, obsesionada con el ejemplo de las cortes italianas, buscaba como damas de honor a jóvenes versadas en lenguas y artes, humanistas, modernas, hermosas. Allí encontrarían marido las Sigea, entre coqueteos de alcoba y conversaciones versadísimas. Debían ser conscientes de su singularidad, de que ellas, junto con otros cuantos cerebros que compartían el humanismo como una causa a muerte, eran la luz y el futuro de la civilización, de la cultura. Su responsabilidad debía de ser enorme.

Años más tarde, en otras latitudes, las Brontë se convertirían en una familia similar: mujeres pobres, necesitadas de vivir de su cerebro y de su conocimiento, con hermanos creativos que las ayudarían. Con padres fuertes que creerían en ellas.

Luisa destacó pronto. Con dieciséis años, (y esa fue su fama, esa fue la hazaña por la que año tras año, hasta su temprana muerte, la recordarían, no por su hermoso poema *Sintra*, no por sus cartas ni su labor de docencia, sino por un absurdo record de precocidad) escribió una carta al Papa, a la sazón Pablo III. En cuatro idiomas. Latín, griego, árabe y siríaco.

Conocía más. No había lengua que entonces se le resistiera, el caldeo, el hebreo. La respuesta del Papa fue inmediata: le costaba creer, le causaba una admiración sin cuento el conocimiento de tantas lenguas, tan escaso su uso en hombres, qué decir de una mujer.

Una mujer no era nada.

Una mujer debía casarse.

Ángela lo hizo pronto. Era muy hermosa, con ojos negros y profundos, la nariz afilada, la tez pálida, y la dignidad que entonces se estilaba, reflejada en un vestido negro y una expresión adusta. Se casó en Torres Novas, muy cerca de Lisboa, con el nieto de un conde. Nunca salió de allí, y allí murió, entre palacios con lindos azulejos. Aquella voz sublime, que cantaba y componía para admiración de sus contemporáneos,

que tocaba el arpa y el teclado, se dejó morir pronto. Era también lo que se esperaba de ella. Había compuesto hermosas poesías bucólicas, y conocía el hebreo y el griego.

Luisa, en cambio, se hizo esperar. Había llegado a Portugal con doce años, con una fama de pequeño genio, de prodigio de varios idiomas, de mono de feria capaz de componer “*indefensa, de día y de noche, códices latinos, griegos, hebraicos y árabes*”.

Indefensa.

De noche y de día.

Pobre Luisa, de qué vida escaparía en aquellas composiciones maratonianas en cuatro idiomas muertos. Hubiera matado por saber más, por conocer más. El saber era entonces un arma, un posicionamiento. Quizás sabía, elegía.

Acabó por casarse, desde luego. Eligió a un noble burgalés llamado Francisco de Cuevas, muy posiblemente pariente por línea materna. Y con él se marchó a Burgos. A morir de hambre, porque de nada servía haber tenido un pasado en Lisboa, ahora que tenía una hija, y alguna pupila que le permitiera pasar sin todo lo necesario.

Por suerte, doña María, la hermana de Carlos V, la vieja reina de Hungría, regresó a España a pasar allí sus últimos años. Luisa la visitó, la convenció, y consiguió el destino de Secretario para Francisco de Cuevas y para ella el de dama en Valladolid. Se encargó de la educación de muchas doncellitas nobles, de dar clases, como toda su familia, de apellido en apellido. El destino duró muy pocos meses, y de nuevo Luisa se vio sin apoyo. Sin dinero, sin destino para ella ni su marido. Sin hacer nada, y sin saber hacer nada, como era el destino de las damas ilustres, a las que se las suponía siempre a salvo del trabajo. De la mala suerte en la vida.

Y escribió entonces la carta más dura de su vida, ella, que tantas había escrito. La dirigió a Felipe II, y estaba llena de dignidad, de dolor ante la pobreza, de la desesperación de una mujer inteligente, y por lo tanto inútil, casada con un *hijo de algo*, un noble menor, y por lo tanto aún más inútil que ella.

“*Soy moderadamente conocedora de la lengua latina, griega, hebrea, caldea y ciertamente la árabe. La Serenísima Reina de Hungría por casualidad, no sé cómo sucedió que me mirara y me dirigiera la palabra benévolamente. Pero la Reina murió y no pudimos regresar a nuestra patria sin rubor. A Vos acudimos para escapar de esto*”.

El rey nunca contestó. Tampoco se le concedió el puesto de dama con la reina Isabel de Valois. La depresión, que ya se mostraba, melancólica, en algunas cartas y poemas, se cebó en ella, y murió muy pronto, dicen sus biógrafos que *de sentimiento*. Había cumplido los treinta, o quizás como mucho los treinta y tres años.

Y entonces sí, muerta, el dolor que causó y la pena por su hijita huérfana asaltó los corazones de los que la rodeaban. La muerte de Luisa no fue discreta y esperada, como la de la frágil Ángela. Luisa, aún bonita, discreta, llena de talento, no debía morir así. Su marido la recordaba de este modo. *Luisa, mi mujer incomparable fue digna de Mayor Dicha. Adiós, feliz almita para tu cónyuge, quien mientras viva derramará perpetuas lágrimas.*

No sabemos si dijo la verdad. Sólo era una mujer. No daban mucho por ella.